

El perfil humanista de un escritor

FERNANDO SERRANO MIGALLÓN

© Carlos Fuentes es un mexicano finisecular o, lo que es lo mismo, el producto de un México en transformación constante, en búsqueda de sí mismo, desde hace casi doscientos años.

No nació en territorio nacional —tuvo su primera cuna en Panamá—, lo cual lo hermana con otros escritores latinoamericanos que nacieron fuera de los países a los que dieron lustre —como Julio Cortázar, que nació en Bruselas— y que hicieron de la lengua castellana su patria y la tierra de sus orígenes espirituales, su punto de referencia principal. Su propio origen es una metáfora del país que luego ayudaría a construir: vino al mundo mientras su padre cumplía una misión diplomática, y posteriormente nació a nuestra cultura de la mano de otro de sus principales constructores, Alfonso Reyes, con quien colaborara su padre en la embajada de México en Brasil.

Fuentes se construye a sí mismo a través de innumerables lecturas y vivencias; anárquico a veces, recibe de Reyes una lección que no ha olvidado nunca: “La literatura hace más habitable la vida, pero no la sustituye”. Así, el crecimiento espiritual de Fuentes será el depósito de sus experiencias vitales; buscarlo entre las aulas universitarias es poco menos que imposible, porque sus universidades son, en realidad, centros de actividad vital que lo tocan siempre por la oportunidad de crear, de transformar y de conocer.

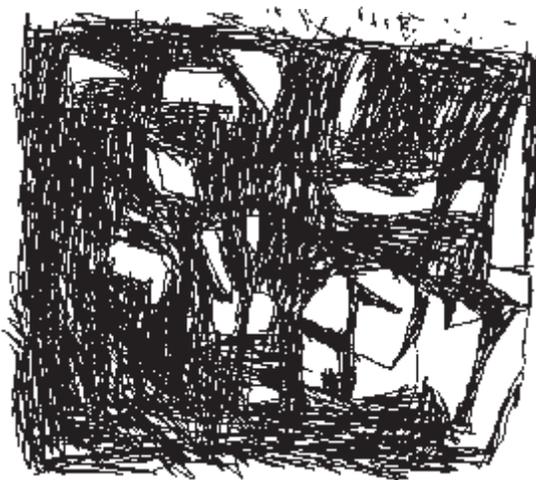
En septiembre de 2007, Fuentes donó a la Biblioteca Nacional resguardada en la UNAM una parte importante de su acervo personal; se trata de trescientos volúmenes de sus obras, incluyendo primeras ediciones y traducciones a veinte idiomas. Aquel encuentro, testificado

por Gabriel García Márquez, fue una especie de vuelta a casa, un retorno a ese lugar que —como él mismo definió entonces— compartía la doble naturaleza de ser público y privado, abierto y cerrado, general e íntimo. Carlos Fuentes se reconoció como universitario y nos recordó a todos su estancia en la Escuela Nacional de Jurisprudencia.

A cualquiera le cuesta trabajo pensar en Fuentes como abogado. No es para menos: una característica suya es romper esquemas y conducirse, dentro de la sensibilidad y la inteligencia, de acuerdo con su leal saber y entender, haciendo añicos los estereotipos. Y, sin embargo, cuenta la leyenda que fue el mismo Reyes quien le recomendó que estudiara derecho, por aquello de que México “es un país muy formalista” y, hablando de formalismos, la Nacional de Jurisprudencia los proporcionaba. Tal vez un mérito poco reconocido a don Alfonso sea el de haber instigado a más de un intelectual mexicano a obtener un título profesional, pues como él mismo decía,

“tenerlo no le hace daño a nadie”, y cursar una carrera profesional al menos inculcaba una disciplina intelectual de la que autores como Fuentes han hecho gala a lo largo de su vida. Por otra parte, Reyes lo remite a su propia escuela, a la que lo formó como abogado.

Sin embargo, Fuentes descubre a su llegada a la entonces Escuela Nacional de Jurisprudencia, y después, durante su estancia en la flamante Facultad de Derecho, un triple destino: el de su propio ejercicio como escritor, el del trato con sus maestros más entrañables —sobre todo Manuel Pedroso— y su papel



como miembro y catalizador de su propia generación de escritores.

No sé si alguna vez se imaginó Fuentes a sí mismo al frente de su propia firma de abogados; no sé si tuvo alguna vez la fantasía de escribir largos y bien tramados alegatos en un juicio sucesorio. Tal vez, la mente de un joven puede ser pródiga hasta extremos inimaginables. El hecho es que en los años transcurridos entre las aulas y los pasillos de aquella casona de San Ildefonso, Fuentes se da el lujo de vivir, a caballo entre su generación y la de sus maestros, la intensidad de una vida intelectual como pocas veces ha sido intensa en nuestra ciudad.

Muchos años después, Carlos Fuentes dio lectura en el Aula Magna Jacinto Pallares, de la Facultad de Derecho, a su ensayo “Pedroso ayer, hoy y mañana”, como acto central del homenaje que la Facultad le rendía a su magnífico maestro. Ese día pudimos presenciar una aproximación a cómo habría sido ese escritor, contrasena de la literatura mexicana del final del siglo XX, cuando era estudiante de jurisprudencia: un hombre siempre joven, por la emoción que reporta no el saber sino el aprendizaje, y fiel a su escuela, no sólo por asiduidad sino por identidad humanista; sólido, ciudadano y amante de la civilización.

Al recordarlo, Fuentes destacó en la personalidad de Pedroso lo que consideraba entonces y ahora lo más importante de su experiencia en la Universidad Nacional Autónoma de México: su sentido humanista, la posibilidad de que, en medio de la generosidad de una institución que ya se volvía de masas, un maestro pudiera tomar a su cuidado la formación intelectual de un reducido grupo de estudiantes, esto es, el carácter artesanal de la educación y la idea de la cultura como vivencia más que como contemplación. La experiencia universitaria de Fuentes forma así una unidad articulada en su obra; sus personajes son, en realidad, encarnaciones de lo más humano que tenemos las personas, la capacidad de sufrimiento y de redención, el ansia de libertad y la perplejidad ante el mundo. Sus libros, por otra parte, se parecen en mucho a sus recordados paseos por la entonces caminable Ciudad de México, como el propio Fuentes recuerda:

México era entonces una ciudad caminable y el paseo de los estudiantes con el maestro [Pedroso] era reposado y lo marcaban hitos bibliotecarios. De San Ildefonso a la librería de Porrúa Hermanos en República de Argentina, donde los volúmenes intocables se organizaban en anaqueles tan lejanos como las mujeres de la Quinta Avenida de Tablada o tan ilusorios como un espejismo en el desierto del Sahara.

Ya imaginando lo que bien podía pasar por la mente de aquel joven, escritor temprano y novelista en ciernes, podríamos creer —con un mínimo margen de error— que se formaban en su mente los escenarios de la que sería,

con mucho, la novela epónima de la Ciudad de México: *La región más transparente*; la propia aldaba de la puerta de Aura bien pudo estar en la calle de Amazonas, a donde dirigían sus pasos el maestro y sus alumnos, o a la vuelta de la esquina de cualquier calle del histórico barrio universitario.

La Escuela Nacional de Jurisprudencia que a Fuentes le correspondió vivir poseía un poderoso estilo de vida que permeaba a la personalidad de quienes la formaban. Si por un lado se trataba de una institución que comenzaba a dar educación a gran escala, abriendo grupos de cien y más estudiantes, al mismo tiempo, como todavía hoy ocurre, se planteaba la educación en términos personales, de maestros ocupados y hasta preocupados de los alumnos que acudían a ellos en busca de un mentor, de un hermano mayor y a veces hasta de un padre intelectual. Esa tarea artesanal, muy parecida al taller medieval, le trajo a Fuentes el placer de largas y fructíferas conversaciones, el encuentro con hombres y mujeres que estaban construyendo no sólo la nueva legalidad posrevolucionaria, sino también la sensibilidad de un nuevo tiempo mexicano.

Fuentes se relaciona también con su propia generación y adquiere, ya desde entonces, uno de los caracteres fundamentales de su letra y de su personalidad: actuar como catalizador de su tiempo y sus contemporáneos. En la Facultad de Derecho recordamos siempre, con particular afecto, tanto por sus miembros como por su legado, la revista *Medio Siglo*, que no sólo anuncia el tiempo de su publicación, sino también da nombre a toda una generación de entonces jóvenes estudiantes cuyos nombres luego resonarían en los ámbitos cultural, político y jurídico de México. Fuimos formados Sergio Pitol y Raúl Ortiz, Víctor Flores Olea y Enrique González Pedrero, Mario Moya Palencia y Porfirio Muñoz Ledo...

Medio Siglo, como muchas de las actividades de Carlos Fuentes, rompió estereotipos y mantuvo el primado de las voluntades individual y colectiva sobre las creencias comunes y sobre las expectativas tradicionales. Si los estudiantes de derecho debían concentrarse en los estudios jurídicos, él descollaría por senderos culturales; si el acento de la formación jurídica debía estribar en el dominio del



marco de normas y leyes, él se aventuraría por el análisis de la cultura nacional, de sus instituciones y prácticas culturales; si se esperaba de quienes serían en el futuro abogados que escribieran razonamientos constitucionales o disquisiciones sobre normas jurídicas, él se entregaría a las páginas de la revista estudiantil “Raíz de Orozco”.

Al paso de los años, de los muchos años que desde entonces hasta ahora han transcurrido, se generaron nuevas escuelas de pensamiento en el mundo del derecho que consideran esta disciplina con menor rigidez que antaño; nadie teme hoy exponer el derecho como un fenómeno cultural. Los estudios multidisciplinarios han tomado ya su lugar en el estudio de lo jurídico y hay quien caracteriza esta ciencia social como un arte o una disciplina argumentativa. Hoy se valora mucho más el esfuerzo de los estudiantes que aspiran a una formación cultural más amplia, mientras que la sobreespecialización tiende a verse como un peligro más que como un beneficio.

Mucho tiene que ver Carlos Fuentes con estas modificaciones en la forma de pensar de la que fue su escuela profesional; mucho, porque su revista se convirtió en señal de una posibilidad que otros estudiantes asumieron después; mucho también porque el escritor se ha mantenido todos estos años como fiel universitario y ha estado presente en los avatares de su casa con constancia y con esperanza, como auténtico miembro de la comunidad de la Facultad de Derecho, y tanto más porque en su carácter de protagonista de la literatura mexicana de finales del siglo pasado y principios del presente, ha hecho de la Universidad un referente continuo en su obra y en su pensamiento. ~

*Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer.
En la región más transparente del aire.*

La *región más transparente*, la primera novela de Carlos Fuentes, registra el ingreso de México en la modernidad y expone las consecuencias del rumbo que tomó la Revolución Mexicana. Consigna, por ende, el inicio de la destrucción despiadada de la capital del país y de la falta de respeto por sus calles, arquitectura, habitantes. Capta el comienzo de la ruina de “la Ciudad de los Palacios” y el de su metamorfosis hacia una ciudad perdida para siempre.

El joven novelista de veintinueve años, talentoso, intrépido, concretó, en un texto caótico y abigarrado como la Ciudad de México de ese entonces, ambicio-

nes literarias de renovación de la novela mexicana, personalísimas, y una crítica demoledora al statu quo, personalísima también. Cincuenta años después, la propuesta, desmesurada, de una “nueva novela”, de un arte literario tan imaginativo como crítico, innovador del género novelesco, es una realidad cumplida con creces. El mundo celebra *La región más transparente*, una obra fundacional de la “nueva novela” de Carlos Fuentes.

La región más transparente está concebida como novela experimental que incorpora técnicas y procedimientos de la gran novelística mundial y recupera enseñanzas de la gran literatura mexicana, como la Novela

de la Revolución, la poesía, el ensayo. Recursos de la novela europea y en inglés, a la par que la cultura y las letras mexicanas, se emplean para desenmascarar tanto el presente como el pasado de México. La ciudad y el país son representados por medio de una combinatoria de elementos mexicanos y extranjeros de diversas artes y lenguajes, en una composición apropiada para representar a un objeto único: la Ciudad de México. Es la novela como mestizaje, la “nueva novela” de Carlos Fuentes, propositiva e

- Georgina García Gutiérrez Vélez es investigadora del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Entre sus libros están *Carlos Fuentes, relectura de su obra: Los días enmascarados y Cantar de ciegos* (Universidad de Guanajuato, 1995) y *Carlos Fuentes desde la crítica* (Aguilar, 2001).